

El Maestro

Vasili Shukin

Yo tenía quince años cuando lo vi por primera vez, no en el púlpito de la universidad, sino tras su escritorio de maestro. Después de terminar el octavo curso yo comencé a estudiar en la escuela media n.º 16 que está en la calle Donskói. Uno de los dos novenos y de los dos décimos cursos era de orientación filológica: su patrocinio lo había asumido la facultad de Filología de la Universidad de Moscú, cuyos profesores debían llevar adelante toda una serie de actividades. Y resulta que una vez anunciaron una clase sobre Pushkin. A la clase entró un hombre alto de chaleco oscuro y corbata, con una raya que partía sus cabellos divididos en dos y anteojos angulosos de marco negro. Se parecía a un niño muy grande: las mejillas y los labios rechonchos, una nariz ancha y ojos celestes muy bondadosos. Lo primero que me vino entonces a la mente fue: qué grande, *qué bondadoso*.

Konstantín Ivánovich Tiunkin (su nombre y apellido los supe un tanto después) se puso a dar su clase sobre Pushkin. Pero no hablaba de Pushkin, sino que, como su amado Belinski¹ en su célebre ciclo pushkiniano, nos contaba sobre las manifestaciones literarias que prepararon la emergencia de Pushkin: Derzhavin, Karamzín, Zhukovski, Bátiushkov. ¿De dónde iba a saber yo entonces que por boca de Konstantín Ivánovich se estaba anunciando la escuela histórico-literaria moscovita que mucho debería a su Maestro principal: Alexandr Nikoláievich Sokolov? Probablemente, yo haya sentido entonces por primera vez que un proceso literario tal no es «la imagen de Onieguin», no es «el tipo del hombre nuevo», no es «la creación de fulano», sino el lento y poderoso curso de nuestra literatura clásica. Pushkin, por su parte, se me reveló en la clase siguiente: Konstantín Ivánovich decidió contarnos a los del noveno curso sobre el Pushkin más inteligente y profundo: *Mozart y Salieri*, *El peregrino*, *De nuevo he visitado...* y, por supuesto, *La hija del capitán*. He de confesar que, en esos jóvenes años, cuando yo estaba locamente enamorado de una compañera de curso, no era Pushkin, sino Lérmontov el que más ocupaba mi imaginación. Y en eso, de repente, no «la lírica amante de la libertad», no «los versos sobre la amistad» y otros estándares escolares, sino la verdadera vorágine

¹ Vissarión Grigórievich Belinski (1811-1848), considerado el padre de la crítica literaria rusa, que escribió nueve ensayos que abarcan toda la obra de Pushkin.

del pensamiento: la filosofía de la historia, el sentido de la vida y la «indiferente naturaleza» natal, comprendida sin explicaciones.

En una palabra, gracias a Konstantín Ivánovich me despedí para siempre de las dudas y vacilaciones relacionadas con la elección de mi futura profesión y la rama preferida del conocimiento: ¡a la facultad de filología y nada más! Yo también quiero pensar y hablar como habla este hombre serio y *bondadoso* de ojos celestes.

Y justo en ese momento en la facultad de filología organizaron una olimpiada de literatura rusa para los de cursos superiores, Konstantín Ivánovich era el presidente del comité de organización, y yo, por supuesto, allá fui a experimentar la dicha. Recuerdo que escribí sobre el significado del retrato literario, buscando tropos en no sé qué poesía, y después no pude escribir nada sobre los himnos de Maiakovski, porque se los estudiaba en el décimo curso. Y llega el anuncio de los resultados. Konstantín Ivánovich elogia a uno, critica a otro y de repente dice que, entre los del décimo curso que participaron, había uno del noveno, de apellido Shukin, que no ha leído a Maiakovski, que no conoce los himnos (yo quedé paralizado de miedo), pero ha contestado de modo tan fresco y original que el jurado ha resuelto otorgarle un premio estímulo especial (¡!) y los *Relatos de Petersburgo* de Gógol con las ilustraciones de V. Goriáiev...

Tengo ahora este libro en mis manos. Tiene exactamente 50 años. La excelente sobrecubierta está un tanto desgarrada, pero Gógol en ella apoya igual que antes pensativamente la pluma en los labios y mira de reojo al mundo circundante. En la página que precede a la portada, hay una dedicatoria: «El alumno de la escuela n.º 16 Shukin V. G. fue premiado...» y la firma el «Presidente del comité organizador». Yo salí del «nuevo» edificio de la universidad (corpus n.º 20) a la calle Mojováia encendido de felicidad, y pasados los años, siendo ya un doctorando, tomé una vez este libro y lo llevé a la universidad y le pedí a Konstantín Ivánovich que firmara debajo de «Presidente del comité organizador». Y él, con una maliciosa sonrisita *bondadosa*, cumplió con mi pedido, escribiendo «Tiunkin» de un modo como lo hacía solamente él, excepcionalmente elegante, en estilo rococó, con rúbricas.

En el verano de 1969 yo ingresaba a la facultad de filología. Konstantín Ivánovich era el secretario de la comisión de admisión, cosa que anunciaba un inmenso cartel sobre la puerta de su oficina al comienzo del largo pasillo en el primer piso del edificio «viejo»

de la universidad, el de Kozokov (corpus n.º 18), donde siempre había olor a comida caliente del buffet.

Obtuve 19 puntos de los 20 posibles. 19 era puntaje de admisión. Para el comienzo de las clases quedaban casi dos semanas, pero las listas de los estudiantes ingresantes era preciso esperarlas todavía bastante tiempo. Y aquí justo a mi padrecito le vino a la cabeza navegar en baidar por el río Oká desde Kashira hasta Kolomna. La idea era buena: después de los exámenes no venía mal relajarse y descansar. Pero no era momento: en la secretaría de la comisión de admisión me dijeron que de todos modos era necesario esperar los resultados oficiales, porque solamente entonces podría yo recibir la derivación al policlínico de la MGU, pasar la consulta con todos los médicos y presentar a la comisión el certificado obligatorio sobre mi estado de salud. Salí a aquel pasillo que olía a sopa y puré evidentemente con tal acre expresión que Konstantín Ivánovich, que venía en sentido opuesto (he ahí la voluntad del hado, ¡«en un momentito así», como está escrito en Dostoievski!), me detuvo y me preguntó qué había pasado. «La derivación al policlínico hasta que no estén las listas colgadas no la dan, y yo quería...». «¡Qué absurdo!» ¡Vamos!», y marchamos a la secretaría. Konstantín Ivánovich se dirigió a las muchachas que estaban sentadas en los escritorios: «Denle, por favor, la derivación al policlínico». «Pero, Konstantín Ivánovich, la admisión todavía no está...». «Pero Vasili Gueórguievich recibió 19 puntos, así que aquí no puede haber ninguna duda. ¡Dénsela, dénsela enseguida!» (¿y de dónde solamente este hombre asombroso sabía mi patronímico?). Y me la dieron.

Al estudio de Dostoievski soñaba yo entonces dedicar toda mi vida. Sabía que Konstantín Ivánovich dirigía un seminario para estudiosos de Dostoievski y yo esperaba con impaciencia el segundo curso. Pero en el segundo curso me explicaron que con Tiurkin no se podía de ninguna manera, porque él dirigía seminarios solamente para el tercero y cuarto curso. Entonces me anoté «por no tener otra cosa» (¡qué vergüenza me da ahora confesar esto!) en el seminario de Vladímir Nikoláievich Turbín, seminario cuyo nombre sonaba atractivo, pero era completamente incomprendible: «Problemas del estudio complejo de una obra literaria». Bajo esa determinación enigmática se ocultaba lo que hoy se llama investigaciones interdisciplinarias de diversos aspectos del arte o simplemente comparativística en el espíritu del siglo XX.

Ahora no lamento en absoluto haber ido con Turbín. Este erudito inusualmente talentoso y hombre asombroso y sin igual, también fue mi maestro. Pero yo siempre

quería ir con Tiurkin, y en el tercer curso, sin tacto y sin explicaciones, como un chicuelo, escapé de Turbín al seminario de Konstantín Ivánovich sobre Dostoievski.

Los tres últimos años de estudio se los dediqué a Konstantín Ivánovich. Él me enseñó a relacionarme reflexivamente con el texto y comprender su sentido, aunque sin llamar a esto hermenéutica. Él conocía muchos hechos y me enseñó a no desdeñar las «minucias» fácticas, lo que para mí fue muy útil, en tanto yo era inclinado a la excesiva teorización. Y justamente a Konstantín Ivánovich le debo el gran quiebre en mi destino de investigador. Cuando llegó el momento de escribir el trabajo para diplomarme, me llamó para que lo viera e inesperadamente me propuso ocuparme de Saltykov-Shedrín. Al principio me quedé helado: ¿cómo, y mi amado Dostoievski? Pero... se trataba del futuro doctorado, y, como entonces se decía, «a la luz de las últimas disposiciones» no estaría mal ocuparse de la crítica literaria del gran satírico. Pero –y aun en esto se manifestó el talento original de Konstantín Ivánovich– para que el trabajo no pareciera como por encargo y coyuntural, pensó en que había que darle un carácter textológico. Yo debía probar de determinar qué artículos y reseñas anónimas de *Notas de la Patria*² del año 1868 había escrito Saltykov y cuáles no. «Usted debe determinar la ley del estilo de Saltykov-Shedrín», decía Konstantín Ivánovich, «Él es irrepetible, como es irrepetible un verdadero talento». Y bien: esto me pareció interesante, y Saltykov me gustaba. Restaba sólo pensar cómo determinar «la ley del estilo». Felizmente, nunca me faltaron ideas.

Ya más tarde, cuando cursaba el doctorado, a la oficina donde conversábamos con Konstantín Ivánovich entró Víktor Borísovich Katáiev, y Konstantín Ivánovich me presentó: «Vasili Gueórguievich Shukin». Y luego, después de una pequeña pausa, agregó con una voz especial, *bondadosa*: «Mi alumno».

En ese momento fui absolutamente feliz. Pues no son muchos los que pueden sentirse felices de convertirse en alumnos de un verdadero Maestro. Tan sabio y tan *bueno de alma*.

Traducción y notas de Omar Lobos

² Influyente revista literaria que salió en Petersburgo entre 1818 y 1884.